



Estudio Para Grupos de Crecimiento

ESTUDIO 1366

Brisas

¿POR QUÉ SOMOS QUEBRANTADOS?

Antes de que cualquiera de nosotros podamos vivir completamente de la manera que Dios quiere, debemos morir al deseo de controlar nuestra propia vida o de vivir de acuerdo con nuestros propios planes y voluntad.

ALGO TIENE QUÉ MORIR PARA QUE COMIENCE LA VIDA

Al preparar a Sus discípulos para Su crucifixión y resurrección, Jesús les dijo: *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.” Juan 12:24*

Mientras tengamos un grano en nuestra mano, tendremos solamente ese grano. Podemos ponerlo en cualquier lugar y guardarlo por siempre. Sin embargo, seguirá siendo sólo un grano. De su interior no saldrá nada. Con el tiempo se pudrirá y se convertirá en polvo.

Pero cuando tomamos esa semilla y la introducimos en el suelo y la cubrimos con tierra fértil, el calor del sol y la humedad de la tierra obrarán conjuntamente sobre la cáscara exterior de ella. Antes de que pase mucho tiempo, la cáscara exterior se rompe y un pequeño brotecito verde comienza a abrirse paso a través de la tierra hasta que con el tiempo traspasa la superficie y sale a la luz del sol. Una raíz comienza a crecer hacia abajo, anclando la semilla a la tierra. La semilla en sí desaparece mientras el tallo crece y con el tiempo produce una espiga de trigo o una mazorca de maíz. Esa espiga de trigo o mazorca de maíz produce docenas de granos, cada uno de los cuales posee la capacidad de crecer convirtiéndose a su vez en una planta.

De un sólo grano de trigo, una cada uno de nosotros podríamos llegar a plantar cientos de miles de hectáreas. Lo único que tendríamos que hacer es volver a plantar todos los frutos de un grano, y luego todos los frutos de sus granos, y seguir así sucesivamente.

Jesús estaba enseñando que, en tanto que el grano permaneciera solo (sin que nadie lo plantara y sin que se rompiera) no podría llevar fruto. Estaba describiendo lo que le estaba por suceder. En tanto que permanecía vivo, unas pocas personas podrían ser sanadas y se beneficiarían con Sus milagros, unas pocas se volverían a Dios a través de Sus enseñanzas y de Su predicación, pero, el mundo seguiríamos sin recibir el perdón.

Para que Su vida se pudiera extender y multiplicar, tenía que morir. Una vez que hubiera muerto y resucitado, Su vida podría multiplicarse millones de veces, tal como ha sucedido a través de los siglos. Quienes lo hemos aceptado como nuestro Señor y Salvador y hemos sido perdonados de nuestros pecados, tenemos nuestro nombre escrito en el Libro de la Vida del Cordero porque estuvo dispuesto a morir.

A su tiempo, nos llama a cada uno de nosotros a tomar nuestra cruz, muriendo con sacrificio a nosotros mismos y entregándonos a Su causa, para que podamos vivir para Él y de acuerdo con Sus propósitos.

Jesús dijo: *“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.” Juan 12:25*

Debemos estar dispuestos a morir a nuestros sueños, deseos, ambiciones y objetivos, y luego debemos estar totalmente dispuestos a que el Señor Jesucristo obre como quiere en nuestra vida. Sólo entonces podremos conocer verdaderamente la vida al máximo y podremos realizar plenamente nuestro propósito en la vida. ¡Debemos morir a nosotros mismos para obtener más de nosotros mismos y vivir eternamente!

Debemos quebrar nuestro intenso amor hacia nosotros si es que alguna vez vamos a permitir que el amor de Dios nos envuelva y nos llene.

Hay muchos otros pasajes de las Escrituras que hablan de esta misma enseñanza: Al aferrarnos a nuestro propio deseo y a nuestra propia voluntad, perdemos. Al soltarlos y al permitir que Él tenga el control, ganamos. (Mateo 10:39 y 16:24-26.)

Tenemos el jugo de las uvas únicamente porque alguien las exprimió, el pan únicamente porque alguien molió los granos para transformarlos en harina y vidas plenamente productivas y útiles únicamente porque Dios ha molido nuestra voluntad.

DIOS DESEA DISEÑAR NUESTRO FUTURO

Muchos tenemos dificultad en someternos totalmente al Señor. Vemos cómo el futuro se extiende ante nuestros ojos, lleno de lo que nosotros percibimos como oportunidades ilimitadas. Satanás nos engaña haciéndonos pensar que el futuro no puede ser bueno sin determinada relación, o sin la realización de aquel deseo sexual, o sin perseguir ese logro vocacional, o sin la adquisición de cierto artículo. Comenzamos a perseguir lo que Satanás presenta como el ideal de vida. Por supuesto, sus planes nunca incluyen a Dios.

El resultado de perseguir lo que el diablo presenta como deseable es un espíritu de *afán*. Afanarse es una tarea dura. Contiene un elemento de codicia: Siempre hay algo más que alcanzar, que ganar o que adquirir. Su centro es el egoísmo: Un fuerte deseo centrado en nosotros mismos. Cuando nos afanamos por algo, nos preocupamos muy poco por el daño que podemos ocasionar a los demás, y ni siquiera por el daño que pueda ocasionar a nuestro propio cuerpo o alma. El afán es ambición pura, y es una atadura.

Las ilusiones que Satanás nos presenta como objetos que pueden darle valor, significado o peso a nuestra vida son sólo eso: Ilusiones. Son como un espejismo en el desierto. Aquello que tiene apariencia de ser una fuente de vida en realidad no lo es.

¿Está mal que nos gusten las cosas de calidad, o comprar lo mejor que podemos dentro de nuestras posibilidades? ¿Está mal que deseemos tener una esposa o esposo e hijos o tener éxito en el trabajo? ¡NO!

Lo que está mal es pensar que no podemos vivir sin esas cosas. Lo que está mal es sustituir una relación con Dios por la adquisición de cosas, de relaciones o de logros. Cuando fijamos nuestra vista en el logro de nuestros objetivos, casi siempre perdemos de vista los objetivos del Señor para nosotros. Solamente cuando hacemos que nuestra relación con Él sea la prioridad número uno de la vida, puede llevarnos al lugar en el cual lograremos y recibiremos lo que nos trae satisfacción verdadera.

Todas las cosas que el adversario, el diablo, nos presenta no sólo como deseables sino también como necesarias para nuestra identidad, son engaños. Su intención no es vernos bendecidos, sino más bien provocar nuestra perdición. Si existe en nuestra vida cualquier cosa que nos haga pensar que no podemos vivir sin ella, esto debería ser una señal de advertencia para que volvamos a evaluar nuestra relación con Dios y para que echemos otra mirada a nuestras prioridades.

Jesús nos enseñó claramente: *“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” Mateo 6:31-33*

Dios sabe lo que necesitamos, lo que es mejor para nosotros, y la cantidad que necesitamos. Lo cierto es que podemos vivir con muy poco, pero de ninguna manera podemos vivir plenamente sin Él, porque es lo que necesitamos primordialmente siempre. ¡Él es el único Ser sin el cual realmente podemos vivir!

Las cosas que Satanás nos presenta como cosas que obligatoriamente debemos tener son pasajeras y temporales. Si estamos dispuestos a dejar de afanarnos por ellas y buscarlas sin importar su costo elevado, y en cambio decidimos volver al Señor, Él va a satisfacer todos nuestros deseos para el futuro. Si estamos dispuestos a dejar de definir el nuestro, nos dará algo mejor que lo que jamás podríamos haber arreglado, manipulado o creado. Su voluntad será la nuestra, aunque sólo será así si estamos dispuestos a morir a nuestra actitud egoísta e independiente para someter nuestra vida completamente a Él.